

LA BATALLA DE SOLFERINO

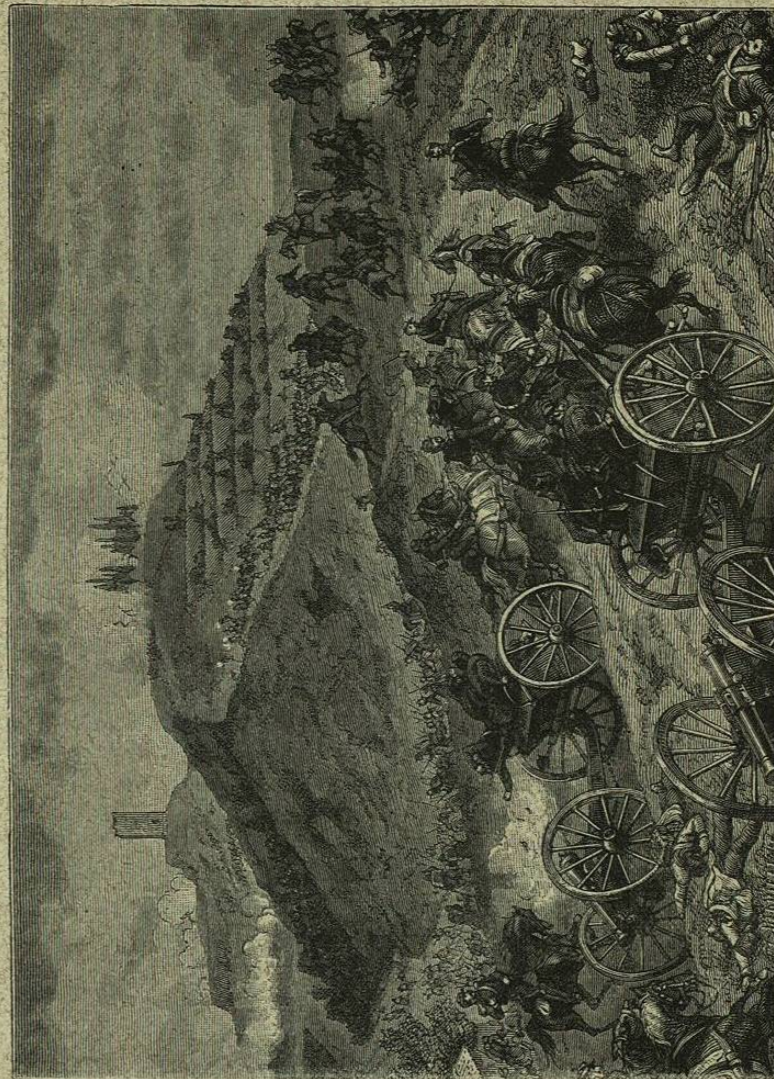
El ejército aliado levanta el campo de dos á tres de la mañana y emprende la marcha en cuatro columnas para llegar á las posiciones que debe ocupar durante el día. Sus exploradores tropezarán en breve con las avanzadas enemigas en todo el frente de la línea de marcha.

El emperador ha pernoctado en Montechiaro. Se proponía partir de allí á las siete de la mañana; pero sale más tarde. A eso de las cinco y media, en el mismo momento en que todo su cuartel militar está reunido en la pequeña iglesia del pueblo para asistir á las exequias de su ayudante de campo el general Cotte, llegan á rienda suelta dos oficiales de Estado mayor, enviados, uno por el mariscal Baraguey d'Hilliers y otro por el mariscal Mac-Mahón, los cuales anuncian á Napoleón III que el enemigo despliega fuertes columnas en las alturas de Solferino y de Cavriana; que el primer cuerpo (Baraguey d'Hilliers) y el segundo (Mac-Mahón) tiene enfrente, en la llanura, masas considerables que les disputan el terreno, y que el cuarto cuerpo (Niel) y el tercero (Canrobert) están aún á larga distancia, pero que se oye su cañoneo por la parte de Medoli y de Castello Goffredo.

Al punto da orden Napoleón á la infantería de la guardia de acelerar su movimiento sobre Castiglione, y á la caballería de la guardia de marchar al trote al campo de batalla para desplegarse en la llanura entre los cuerpos segundo y cuarto. En seguida sube á una silla de posta con los generales Martimprey, Montebello y Fleury: su cuartel militar y su escolta le siguen á galope. Llegado á las siete y media á Castiglione, pueblo situado en una eminencia, sube á la torre de la iglesia, desde donde abarca de una ojeada el horizonte. «Es una batalla general,» dice, y en seguida, á todo galope, va á dar personalmente sus órdenes al mariscal Baraguey d'Hilliers y al duque de Magenta.

El primer cuerpo, mandado por el mariscal Baraguey d'Hilliers con sus tres divisiones de infantería (1.^a, general Forey; 2.^a, general Ladmirault, y 3.^a, general Bazaine), queda encargado de atacar á Solferino.

Solferino es una aldea de Lombardía, situada á orilla derecha del Mincio, cerca de Peschiera al Norte y de Mantua al Sur, á cuatro kilómetros de Castiglione. A partir de este último pueblo, hay un eslabón considerable de colinas con muchos caseríos en sus laderas, después forma una ligera depresión y



UN EPISODIO DE LA BATALLA DE SOLFERINO

luego se alza otra vez en dos cerros. Uno de estos se llama el cerro de los Cipreses, y en la cumbre del otro descuella un cementerio, una iglesia y un vetusto castillo. Entre ambos, y en un altozano, surge la célebre torre llamada la *Spia d' Italia*.

Las divisiones Forey y Ladmirault avanzan paralelamente sobre Solferino, la primera por la derecha para atacar el monte Fenile, y la segunda por la izquierda para arrojar al enemigo de las primeras colinas de su posición.

La ocupación del monte Fenile por el 84 de línea permite que se emplace en él una batería y que se proteja el movimiento de la brigada del general Dieu, que baja por la ladera opuesta del monte Fenile y se encamina en dirección de Solferino, arrojando de cresta en cresta á las tropas enemigas, cuyo número aumenta sin cesar. Esta brigada toma posición ante fuerzas superiores, y dirige el fuego de su artillería sobre el cerro de los Cipreses y el de la *Spia d' Italia*. Durante el cañoneo el general Dieu recibe una herida que será mortal, y entrega el mando de su brigada al coronel Cambriels, del 84.

A la izquierda, el general Ladmirault consigue poner en batería sus cuatro piezas de artillería, cuyo fuego facilita el ataque combinado de los generales Félix Douay y Negrier.

El general Ladmirault dirige en persona los ataques. Herido de un balazo en el hombro, se retira un instante para hacerse curar; luego toma otra vez el mando y lanza sus cuatro batallones de reserva; pero resultando nuevamente herido, tiene que entregar el mando al general Negrier.

El emperador llega al monte Fenile. Desde allí, abarcando toda la extensión del campo de batalla, ve que á la derecha, en el llano, los cuerpos 3.º y 4.º no pueden vencer los obstáculos que se oponen á su marcha, y sabe que, por la izquierda, una parte del ejército piemontés se bate en retirada ante un cuerpo de ejército austriaco que ocupa fuertemente la posición de San Martino, cerca del lago de Garda.

Son las diez y media. El éxito de la jornada es indeciso. El primer cuerpo, mandado por el mariscal Baraguey d'Hilliers, combate con encarnizamiento en la llanura. Sus tres divisiones de infantería (1.ª, general de Luzy; 2.ª, general Vinoy; 3.ª, general de Faily) disputan con tenacidad al enemigo una granja llamada la Casa Nuova que está á la derecha del camino de Gaito, á dos kilómetros de Guidizzolo. Alrededor de esta granja, en el caserío de Baite y en la aldea de Rebecco, se traba una lucha furiosa que debe durar todo el día.

Entre los cuerpos 4.º y 2.º se extiende una larga solución de continuidad: por fortuna se ha llenado el intervalo con tres divisiones de caballería: la de Partouneaux (3.º cuerpo), la de Desvaux (1.º cuerpo) y la de la guardia imperial, mandada por el general Morris. Pero estas tres divisiones ¿no serán impotentes para contener las masas austriacas que se refuerzan sin cesar por todas partes? El general Niel desea con afán que le sostenga el tercer cuerpo, el del mariscal Canrobert. Pero este cuerpo es el más rezagado, porque es el único

que aquella mañana ha tenido que cruzar el Chiese. Por otra parte, el mariscal Canrobert ha recibido del emperador el aviso de que un cuerpo de veinte á veinticinco mil austriacos, salidos de Mantua, se dirigía hacia Acqua-Negro, por lo cual le ha aconsejado que vigile aquella dirección, apoyando al mismo tiempo la derecha del cuarto cuerpo. Este doble encargo le obligará á no enviar más que una porción de sus tropas en auxilio del cuarto cuerpo.

El mariscal Mac-Mahón, que se ha apoderado de Casa-Marino, conserva provisionalmente su posición en el camino de Mantua, entre los cuerpos primero y cuarto.

El emperador, situado en la cumbre del monte Fenile, se resuelve á dirigir sus mayores esfuerzos hacia el centro de las posiciones, de las que forman la clave las alturas que dominan á Solferino.

Manda avanzar á la brigada Altón (segunda de la división Forey del primer cuerpo), que aún no ha tomado parte en el combate, y la hace sostener por cuatro piezas de artillería. El general Forey se pone al frente de esta brigada, que se lanza sobre la derecha de la torre (la *Spia d' Italia*). Como no puede por sí sola sobreponerse á fuerzas superiores, el emperador envía en su auxilio la división de cazadores de la guardia.

Esta división, mandada por el general Camón y comprendiendo cuatro regimientos y un batallón, se compone de las brigadas Maneque y Picard. La primera, apoyando la brigada Altón, acude al encuentro de las columnas austriacas que bajan de Casa del Monte. La segunda marcha á las alturas de la izquierda.

El batallón de cazadores de á pie de la guardia da la vuelta al pueblo de Solferino, y penetrando en las calles algunas de sus compañías, se apoderan de una bandera y ocho cañones.

El general Forey, sostenido por los cazadores de la guardia, toma vigorosamente la ofensiva. Al mismo tiempo llegan á galope dos baterías de la artillería de la guardia dirigidas por el general Lebœuf, y ocupan una posición que les permite lanzar una lluvia de proyectiles sobre Solferino. El general Forey rechaza al enemigo de las cumbres y las ocupa, mientras que la brigada Altón se apodera de las colinas de la torre y de la torre misma, esa famosa *Spia d' Italia* que domina todas las llanuras lombardas y desde donde la mirada abarca el horizonte desde las orillas del Mincio hasta las del Po. Son las dos de la tarde cuando la bandera tricolor ondea en lo alto de esta torre.

En el mismo momento se toma por asalto el cementerio. El mariscal Baraguey ha dado orden de abrir brecha en él llevando á descubierto una batería de artillería á un sitio muy peligroso, á trescientos metros de la cerca. Después de un fuego bien dirigido y nutrido y de estar suficientemente derruidas las paredes del cementerio, el general Bazaine se apodera de él. El pueblo y el castillo caen también en poder de los vencedores.

Es la hora en que el segundo cuerpo, el del mariscal Mac-Mahón, va á to-

mar una parte importante en la lucha. Solferino y las alturas que lo rodean están en poder del primer cuerpo: ahora es menester que el segundo se apodere de la posición siguiente: las alturas y el pueblo de Cavriana. Si el ataque tiene buen resultado, el ejército austriaco no tendrá más remedio que batirse en retirada para repasar el Mincio. Las dos divisiones de infantería, las de la Motterougé y Decaen, se lanzan impetuosamente en dirección de Solferino y de Cavriana. El mariscal ordena al propio tiempo al jefe de la caballería de la guardia, general Morris, cuyos veinticuatro escuadrones han sido puestos á sus órdenes por el emperador, que ocupe el intervalo que va á separar la división Desvaux y el segundo cuerpo, cuyo flanco derecho cubrirá formándose en escalones.

El regimiento de tiradores argelinos, que está á la izquierda de la división de la Motterougé, toma el pueblo de San Casiano y trepa por alturas muy escarpadas en cuya cumbre está Cavriana.

Oigamos al jefe de Estado mayor del mariscal Mac-Mahón, al general Lebrún: «Entonces se ve á nuestros tiradores argelinos saltar como panteras de cumbre en cumbre, deteniéndose detrás de cada resalto del camino para cobrar aliento y hacer fuego, y luego lanzarse de nuevo para trepar más. El espectáculo que ofrece á nuestros ojos esa táctica, que aún no se había usado en nuestro ejército, es uno de los que no pueden olvidarse, y lo admiramos más de media hora.»

El regimiento de tiradores va seguido en su movimiento de ascensión por el 70 de línea. Los coroneles de ambos regimientos, Laure, que manda el primero, y Douay, el segundo, caen muertos.

Entonces aparece la artillería de á caballo de la guardia y se coloca á la entrada del valle en cuyo fondo está el pueblo de Cavriana, para enlazar el camino. Al mismo tiempo se envían cuatro piezas á la cresta del monte Fontana. Los caballos arrastran con dificultad los cañones, y los artilleros empujan y sostienen las ruedas. Hay que transportar además otros muchos á una meseta muy elevada, desde la que se podrá apoyar poderosamente á la otra batería. Pero lo escarpado de las pendientes hace imposible el acceso á los caballos. Entonces los granaderos de la guardia acuden en su auxilio, y tirando de los cuatro cañones rayados, logran izarlos á la cumbre de la colina.

El general Morris aguarda con impaciencia el momento de hacer cargar á la caballería de la guardia, momento que se presenta á las tres y media. Habiendo aparecido una columna de caballería austriaca, hace que el general Cassaignoles la acometa por el flanco con el regimiento de cazadores de á caballo. Los austriacos son rechazados.

El emperador ha dado orden á la brigada Manèque, de cazadores de la guardia, apoyada por los granaderos del general Mellinet, de que pase de Solferino á Cavriana y apoye al segundo cuerpo. El enemigo no puede resistir más tiempo á este doble ataque, sostenido por el fuego de la artillería de la guardia, y á eso de las cinco de la tarde los cazadores de la brigada Manèque y los tiradores argelinos entran al mismo tiempo en el pueblo de Cavriana.

Este triunfo coincide con el del cuarto cuerpo. Hace más de doce horas que sus tropas marchan y combaten, sin haber comido, por un terreno que carece en absoluto de agua y haciendo uno de esos calores sofocantes que anuncian una tormenta terrible. Muertas de cansancio, habrían acabado por sucumbir á no haber sido por el socorro que les lleva el general Trochu, jefe de la segunda división del tercer cuerpo, el cual, poniéndose al frente de la brigada que manda el general Bataille, llega con tropas de refresco y las conduce al enemigo con tanto orden y sangre fría como en un campo de maniobras. Después de coger prisionera una compañía de infantería austriaca y de apoderarse de dos cañones, llega hasta media distancia de la Casa Nuova á Guidizzolo.

De pronto el cielo se oscurece; un viento furioso levanta espesos torbellinos de polvo, y estalla una tormenta formidable. El estampido del trueno ha reemplazado al del cañón. Una lluvia torrencial paraliza todo movimiento y suspende enteramente la lucha. El día se ha vuelto más oscuro que la noche, y á diez pasos no se ven hombres, ni caballos, ni carros. «Aquel espectáculo, dice el general Lebrún, era uno de esos que no se ven dos veces en la vida y duró más de media hora. En presencia de un fenómeno atmosférico que había convertido el día en noche á orillas del Mincio, ¿podía ordenar el emperador á su ejército que se pusiera en persecución de los austriacos? No lo creo.»

Francisco José, que había tenido todo el día establecido su cuartel general en Cavriana, se decide á mandar la retirada general de todas sus tropas detrás del Mincio. Napoleón III tiene por un momento deseos de perseguirle; pero el mariscal Mac-Mahón le hace observar que la infantería no ha comido desde por la mañana, que se han dejado en el suelo la mayor parte de los morrales en el momento de los diferentes ataques, y que los infantes no podrían apoyar á la caballería si se lanzaba en persecución del enemigo.

Cuando se disipó la tormenta, el centro austriaco había abandonado el terreno en gran parte; se retiraba en columnas profundas hacia los puntos por los cuales había pasado el Mincio la víspera. Una batería de la guardia imperial francesa, llevada por el teniente coronel de Berckheim á la cresta conquistada en último lugar, rompió sobre las columnas fugitivas el fuego de sus piezas de largo alcance. El marqués de Massa ha escrito en sus *Recuerdos é impresiones*: «En medio de un grupo de oficiales que procuraban abrir paso á sus generales, se creyó conocer al mismo emperador Francisco José, que se había quedado de los últimos en el campo de batalla tan bravamente disputado. Napoleón, llegado á galope junto á la batería para apreciar sus terribles efectos, al ver el peligro personal que corría su desgraciado adversario, y seguro de que no había que temer que los austriacos tomaran otra vez la ofensiva, mandó que cesara el fuego. No cabe poner en duda este acto de generosidad; lo sé por el príncipe Murat, testigo presencial del hecho.»

Desde este momento, Francia y Austria no han vuelto á combatir una contra otra. Así en Solferino como en Magenta han aprendido á apreciarse y á hon-

rarse mutuamente. Sus intereses no son contradictorios. Confiemos en que las dos potencias lo comprenderán siempre así. En cuanto á piemonteses y austriacos, aún pelearían. La tempestad había puesto fin á la lucha entre las tropas de los dos emperadores. Las de Víctor Manuel volvieron á empezar el combate.

Puede decirse que se habían reñido simultáneamente dos batallas distintas: la francesa, la de Solferino, y la piemontesa, la de San Martino. Las cinco divisiones de infantería del ejército real, mandadas por los generales Durando, Fanti, Mellard, Cialdini y Cucchiari, estaban contenidas por fuerzas superiores y se habían hallado en situación crítica cerca del lago de Garda. El combate duró quince horas seguidas. Las tropas piemontesas, á pesar de todo su valor, no habían podido prestar ningún apoyo al primer cuerpo de ejército francés. Ellas mismas no habían recibido otro auxilio que el de un cañoneo que, partido de las posiciones francesas, cogió un momento de soslayo las columnas austriacas que procuraban envolver el ala derecha del ejército real.

Cuando cesó la tormenta, cuatro baterías piemontesas rompieron el fuego y prepararon el ataque de la infantería, que se lanzó al asalto de las posiciones de San Martino y acabó por apoderarse de ellas. El enemigo volvió á intentar un ataque ofensivo; pero una carga de la caballería ligera de Monferrato lo rechazó por última vez, y al hacerse de noche, la meseta de San Martino quedó definitivamente en poder del ejército del rey Víctor Manuel. El general Benedek, que había ocupado esta meseta todo el día, acababa de recibir orden del emperador Francisco José para tomar parte en el movimiento general de retirada. Los austriacos pretendieron por tanto que el ejército piemontés no había conquistado sino lo que ellos habían abandonado. No por eso es menos incontestable el heroísmo de las tropas reales, las que merecerán este elogio de su bravo soberano: «Soldados: En las batallas anteriores he tenido con frecuencia ocasión de incluir en la orden del día los nombres de muchos de vosotros. Hoy incluyo en la orden del día á todo el ejército.»

Napoleón III acababa de conseguir una de las mayores victorias de los tiempos modernos. Había dirigido personalmente todas las operaciones y en medio de la acción había expuesto su vida en las diferentes alturas de Solferino. En las galerías del museo de Versalles hay un cuadro de Ivón que le representa rodeado de todo su Estado mayor en el monte Fenile en el momento en que lanza los cazadores de la guardia imperial hacia la torre que domina el pueblo que dará nombre á la batalla. Vencedor en toda la línea, dió á sus tropas orden de vivaquear en las posiciones conquistadas y disfrutar por fin de un descanso bien ganado. Luego, trasladándose á Cavriana, estableció su cuartel general en la misma casa en que el emperador de Austria había tenido el suyo aquel día. A los horrores y al tumulto de la guerra sucedían una calma profunda y el silencio de la muerte.

LIII

DESPUÉS DE LA BATALLA DE SOLFERINO

Hay militares que, acostumbrados á ver correr sangre humana como los carniceros la de los animales, contemplan impasibles los horrores de la guerra y no sienten ninguna conmiseración hacia sus víctimas. Napoleón III no se parecía á esos hombres. Filósofo y humanitario, no veía sin profunda tristeza un campo de batalla. El barón de Bazancourt ha terminado con esta frase su hermoso relato de la jornada de Solferino: «Cuando todo quedó tranquilo en torno suyo, ¡con qué sueño tan grato debió dormirse el vencedor pensando en que Francia, cuando se despertara al día siguiente, saludaría con alegres aclamaciones aquel glorioso y nuevo triunfo!» No creemos que el sueño de Napoleón fuera grato. La victoria había sido comprada á costa de sacrificios demasiado crueles. El compasivo monarca creía oír aún los gritos de «¡Viva el emperador!» lanzados por los heridos y los moribundos.

A los primeros fulgores de la aurora del 25 de junio se desarrolló un lamentable espectáculo á los ojos del ejército victorioso. La antevíspera, desde lo alto de aquellas colinas, hoy siniestras y ensangrentadas, los austriacos contemplaban risueñas campiñas, una llanura cubierta de soberbias mieses, de hermosos árboles y de viñas cargadas de racimos. Ahora todo estaba pisoteado, triturado, saqueado. No se veían más que árboles desarraigados, filas de morales derribados, granjas, cobertizos, huertos acribillados de balas; el terreno señalado con las pisadas de los caballos y las ruedas de los cañones. ¡Cuántos colonos y campesinos lloraban sus cosechas perdidas y sus granjas y cabañas destruídas! Había montones de cadáveres en ciertos puntos del campo de batalla donde la lucha había sido más encarnizada; la meseta de San Martino, que piemonteses y austriacos se habían disputado con furor; Rebecco y la Casa Nuova, donde el primer cuerpo del ejército francés había combatido con tanto encarnizamiento; el cerro de los cipreses, que, como lo ha dicho M. de la Gorce, parecía haberse enlutado de antemano para todas las sepulturas que debían abrirse en él. El cementerio de Solferino, en especial, inspiraba reflexiones melancólicas. ¿Por qué los hombres, en sus luchas fratricidas, no respetan al menos el asilo del sueño eterno? ¿Por qué los gritos de guerra turban el reposo de las tumbas?

«Para abreviar nuestros caballos, ha dicho el marqués de Massa, tuvimos que atravesar, entre Solferino y Cavriana, un repliegue del terreno en que el